

www.elboomeran.com

Josh Bazell

Wild Thing

Traducción de Benito Gómez Ibáñez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Wild Thing
Little, Brown and Company
Nueva York, 2012

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Carles Barrios, de la edición catalana de Bromera

Primera edición: mayo 2013

© De la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2013

© Josh Bazell, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7864-6

Depósito Legal: B. 7770-2013

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 - Molins de Rei

Para Txell

El entendimiento humano no es una luz imperturbable, sino que está sujeto al influjo de la voluntad y las emociones, hecho que produce un conocimiento fantasioso; el hombre prefiere creer lo que quiere que sea verdad.

FRANCIS BACON, *Aforismos sobre la naturaleza y el reino del hombre*,
versión de Dryden

Pero yo quiero estar seguro.

CHIP TAYLOR, «Wild Thing»

Prólogo

PRUEBA A

Lago White, Minnesota
Verano antepasado

Autumn Semmel siente cómo la yema del dedo de Benjy Schneke le recorre la parte superior del muslo, subiéndole por el borde del bikini hacia el chichi. Eso hace que la piel se le tense hasta los pezones y que el coño se le afloje como un puño.

—¡Déjate de guarradas! —exclama, abriendo los ojos.

—¿Por qué? —pregunta Benjy.

Ella señala con la cabeza por encima del hombro.

—Porque Megan y Ryan están *ahí mismo*.

Autumn y Benjy están tumbados en la lengua de tierra, casi toda raíces, que separa el lago White del lago Garner. Megan Gotchnik y Ryan Crisel se encuentran en el lago Garner, detrás de ellos.

—¿Y qué? —dice Benjy—. No estoy tocando nada que no se vea.

—Sé lo que haces. Me estás volviendo loca.

Autumn se pone en pie, tirándose del borde del bikini. Mira a su espalda.

Megan y Ryan están en su canoa, a veinte o treinta metros de la orilla. Las piernas de Megan cuelgan a los lados de la barca. Ryan se la está comiendo. Debido a la forma en que el sonido se transmite sobre el agua, Autumn oye los jadeos de Megan como si la tuviera delante. Autumn siente vértigo. Se vuelve hacia el lago White.

Es como pasar de una estación a otra. El lago Garner es un amplio óvalo que se extiende de este a oeste siguiendo el curso del sol. El lago White se encuentra al fondo de un cañón recortado que se abre hacia el norte desde el extremo oriental del lago Garner. El lago White está picado, sus aguas son negras y frías.

Mágicas. Autumn se zambulle de cabeza.

De pronto es consciente de todo. No ve nada, pero siente la caja torácica, el cuero cabelludo, el empuje de los pies. Le resbalan los brazos contra el flanco de los pechos, debido a la crema protectora o a las propiedades del agua. Es como un espíritu moviéndose entre ónice.

Al cabo de una docena de brazadas siente que Benjy se zambulle tras ella. Empieza a nadar más aprisa, no quiere que la alcance y la agarre de los pies. Eso lo odia: le da pavor. En cuanto sale a la superficie a tomar aire, vuelve la cabeza.

Siente en la cara la gélida brisa. La ondulación del agua ha borrado su estela. No ve a Benjy por ninguna parte.

Un estremecimiento de miedo le sube por la pierna derecha hasta el vientre ante la idea de que se le acerque bajo el agua, y patalea para alejarse.

Se le ocurre algo. Nada hacia la orilla occidental. Si no puede ver a Benjy, él tampoco puede verla a ella. De modo que si ella no está donde él cree, no podrá agarrarla.

Pero sigue teniendo la sensación de que está a punto de hacerlo. Instintivamente, sacude las piernas hacia arriba, una detrás de otra.

Pero a medida que pasan los segundos, está cada vez más claro que Benjy no tiene intención de asustarla. Y luego, que ni siquiera está en el lago con ella, pese a lo que le parecía cuando iba nadando. Puede que se haya internado en el bosque por la orilla del lago Garner, para ver cómo follan Megan y Ryan.

Es una sensación desagradable. De abandono, de ser gilipollas, pero también otra cosa: a Autumn le encanta ese lago, pero no le gusta estar sola en él. No es esa clase de sitio. Hay algo adulto en el lago White.

—¡Benjy! —grita—. ¡Benjy!

Con el pelo mojado siente frío en la cabeza y la nuca.

No aparece.

—¡Venga, Benjy!

Cuando Autumn empieza a nadar a braza para volver al extremo sur del lago, Benjy sale disparado del agua frente a ella, con medio cuerpo visible y vomitando un oscuro chorro de sangre que la golpea como si le arrojaran un cubo.

Luego lo sumergen de un tirón.

Desaparece. También se esfuma el calor de su sangre. Es como si Autumn se lo hubiese imaginado todo.

Pero sabe que no es un producto de su imaginación. Que lo que acaba de ver es algo terrible y permanente; y que tal vez está a punto de ocurrirle *a ella*.

Se da la vuelta y nada a toda prisa hacia la pedregosa playa al pie del farallón. Crol a más no poder, sin respirar. Nada o muere.

Algo la golpea en el estómago, y se le queda enganchado con un peso y un dolor tremendos. Cuando se suelta de pronto, se le va la cabeza y no siente las manos.

Intenta enarcar la espalda para coger aire, pero debe de haberse dado la vuelta o algo así, porque en cambio traga agua.

Entonces la criatura la embiste por detrás, cerrándole la caja torácica como si fuera un libro y exprimiéndole la vida como agua de una esponja.

O al menos así fue como me lo explicaron a mí.

Primera teoría:
Fraude

Mar Caribe, 100 millas al este de Belice
Jueves, 19 de julio

«*ISHMAEL. LLÁMAME*» es todo lo que dice el telegrama, pero cuando lo pasan por debajo de la puerta tengo las pinzas en la mano y estoy sacando una muela a un pobre desgraciado, así que no lo leo hasta después.

El individuo es un indio nambiquara en toda regla, originario de la Amazonia brasileña. Con peinado a lo Beatles y todo, aunque lleva el uniforme blanco del departamento de lavandería.

Claro que en *todos* los departamentos llevan uniforme blanco.

Le doy unos golpecitos en la siguiente muela.

—¿*Seguro?* —le pregunto.

—No.

—¿*Verdad?*

Como si en Brasil hablaran español.

—Está bien —afirma.

Puede que sí. Por mis conocimientos de odontología —que, de acuerdo, se reducen a hora y media de vídeos di-

dácticos en YouTube—, si se aplica lidocaína al nervio alveolar superior trasero se eliminará la sensibilidad del tercer molar en dos de cada tres pacientes. El tercio restante necesitará otra inyección, en el alveolar superior medio, o sentirá el dolor.

Supongo que un dentista de verdad le pondría dos directamente. Pero por pensar de ese modo he gastado toda la lidocaína que había en la clínica de la tripulación, además de casi toda la que he podido robar del consultorio de pasajeros. Así que ahora tengo que dar golpecitos y preguntar. Y buena parte de mis pacientes son muy machotes, o simplemente muy educados, para admitir que sienten algo.

Bueno, a la mierda. Guarda la lido para quien tenga demasiado miedo para mentir.

Saco la muela de un tirón, tan rápida y suavemente como puedo. De todos modos se deshace como negro estiércol entre las pinzas. Recojo los trozos en la mano enguantada poco antes de que aterricen en el uniforme del tío.

Se me ocurre que tendría que dar otra charla sobre higiene bucal en el almacén. La última no parece haber servido de mucho, pero al menos hubo menos peleas a navajazos mientras yo hablaba.

Me quito los guantes y los tiro al lavabo. Cuando me vuelvo, el rostro de mi paciente está bañado en lágrimas.



El puente contra incendios número 40, una plataforma metálica situada entre dos chimeneas, es, que yo sepa, la parte más alta del buque a la que se puede acceder. No sé qué coño tiene que ver con los incendios.

Se está poniendo el sol, y el viento parece salir de un secador de pelo. En el horizonte hay una muralla de nubes de unos quince kilómetros de alto que corre en sentido paralelo al buque. Rojos y grises iridiscentes se amontonan unos sobre otros, como intestinos.

Odio el puñetero mar. Lo aborrezco *fisiológicamente*, según parece. Estar en el mar me jode el sueño, me pone nervioso y me provoca recuerdos traumáticos. También por eso me parece que el puesto de segundo oficial médico en un crucero es exactamente lo que merezco.

No es que pudiera elegir. Hasta donde yo sé, no hay otro sector industrial que contrate tantos médicos sin importarle una mierda si el título que tienen —en mi caso de la Universidad de Zihuatanejo, con el nombre de «Lionel Azimuth»— es auténtico o sólo un pedazo de papel conseguido por vía comercial. Y además que, como éste, se encuentre tan poco infiltrado por la Mafia.¹

Junto a una de las chimeneas se abre con un crujido una escotilla en la pared, y por allí sale un tío muy negro que lleva una versión en manga larga del uniforme (blanco) de segundo subgerente de contracubierta.

—Doctor Azimuth —me saluda.

—Señor Ngunde.²

1. Como el resto del mundo, la mafia sólo se interesó por los cruceros a raíz del estreno en 1977 de *Vacaciones en el mar*: mal momento, porque el FBI se encontraba entonces investigando a la Asociación Internacional de Estibadores y ya tenía escuchas telefónicas e informadores introducidos en el medio. Cuando la organización logró desvincularse lo suficiente para tomar posiciones, la industria crucerística ya estaba fuera de su alcance.

2. La tripulación de los cruceros se compone, por término medio, de personas de unas sesenta nacionalidades diferentes. Las compañías tienden a vender ese hecho como un afortunado subproducto de la globalización, como el de que todos veamos a la vez la Copa del Mundo,

El señor Ngunde se me queda mirando.

—Tiene la camisa abierta, doctor.

Es cierto. Debajo llevo una camiseta blanca, pero la camisa blanca de manga corta del uniforme está desabotonada. Tiene charreteras doradas, y llevándola así tengo la sensación de ser un piloto borracho de alguna compañía aérea.

—No creo que a nadie le importe —le digo, asomándome por el borde.

Desde aquí, el buque, dos veces más ancho y tres veces más largo que el *Titanic*, ofrece principalmente una blanca perspectiva de techos y equipos de telecomunicaciones, aunque se ven unas cuantas parejas de idiotas cuyo cometido es vigilar por si aparecen piratas. Las zonas de pasajeros en cuyo interior alcanzo a ver, como la Cúpula Nintendo y la última piscina, están desiertas, como era de esperar. Hace media hora que los cinco restaurantes principales del buque han empezado el servicio de cena.

El señor Ngunde no se acerca a mirar. Lo que me recuerda que le dan miedo las alturas, y hace que me sienta culpable por obligarlo a subir hasta aquí para buscarme. Y por tomarme a la ligera una infracción que, en caso de cometerla él, le valdría la expulsión y el abandono en el próximo puerto. Por lo visto, yo puedo salir del camarote de un pasajero, borracho y *muriéndome* de ganas de que me despidan, tener un encontronazo con un guardia de

pero esa práctica se remonta en realidad a un encierro que la tripulación, predominantemente hondureña y jamaicana, realizó en 1981 en dos buques de la Carnival Lines fondeados en Miami. Ahora, la política habitual consiste en impedir que una sola nacionalidad supere el cinco por ciento de una tripulación, y en tener el mayor número posible de *oficiales* de la *misma* nacionalidad: preferiblemente, una en la que se hable un idioma que no entienda la mayoría de los tripulantes, como el griego.

seguridad, y hacer que sea él quien se disculpe. El señor Ngunde, a menos que esté conduciendo la pulidora Zamboni o realizando alguna otra tarea que requiera estar en un lugar público, tiene prohibido ir a cualquier sitio donde los pasajeros puedan verlo. Lleve la camisa como la lleve.

A propósito de la pulidora, le pregunto:

—¿Qué tal el brazo?

—Muy bien, doctor.

Eso parece poco probable. El señor Ngunde tiene en el antebrazo izquierdo una amplia quemadura, oculta por la manga, que se hizo al rellenar el aceite de la dirección asistida de la Zamboni cuando el motor estaba caliente. No he logrado encontrar vacuna antitetánica en el barco. Pero como no tengo mucha experiencia con el tétanos, tampoco sé si debo preocuparme por eso.

—¿Y el índice de diarrea? —pregunta el señor Ngunde.

—Bajando, en realidad. Sólo que no coma estofado.

—Gracias, doctor. ¿Muchas visitas esta tarde?

—Bastantes.

—¿Algo interesante?

—No.

El señor Ngunde me está preguntando si alguno de mis pacientes ha expresado un grado de descontento lo bastante significativo para que él eleve un informe a uno de los jefes de departamento. No se lo tomo en cuenta. En algún momento de las próximas veinticuatro horas, algún superior suyo en el departamento de subgerencia me preguntará en tono indiferente si el señor Ngunde ha hablado últimamente conmigo, y en ese caso si me ha dicho algo interesante.

De todas formas, es un coñazo, porque me recuerda que, en realidad, soy un empleado de una compañía de

cruceros. Mi puesto de trabajo aquí está colmado de privilegios: tengo camarote propio, como gratis en la mayoría de los restaurantes, y —al igual que el médico principal— tengo plaza en la *Lifeboat One*, la lancha salvavidas del capitán.¹ Pero la mayoría de mis pacientes desearían no haber salido de sus pueblos y barrios de mierda. Ganan unos seis mil dólares al año, de los que tienen que descontar los intereses del préstamo que pidieron para llegar hasta aquí, los sobornos para los suministros que utilizan en su trabajo, más los gastos de los giros telegráficos que envían a casa para que sus hijos, por lo que más quieras, Dios mío, no tengan que trabajar en un crucero. Si lo que hago sirve realmente para mejorar sus condiciones de vida o sólo contribuye a que los exploten aún más, es la pregunta de siempre.²

—Si me disculpa, doctor.

—No faltaba más, señor Ngunde. Lo siento.

Está sudando. Cuando cierra la escotilla tras él, me acuerdo del telegrama que recogí del suelo de la clínica. Lo saco y lo leo.

«ISHMAEL. LLÁMAME.»

Interesante.

«Ishmael» era mi nombre en el Programa Federal de

1. También conocida como *La joya del mar, ¿pasa algo?*

2. El principal problema es que, en general, las compañías de cruceros no están sujetas a legislaciones laborales, a leyes relativas a los derechos humanos, a normativas medioambientales, ni a regulaciones sobre asistencia sanitaria (ni a pago de impuestos, ya que estamos), porque la mayoría de sus buques —incluso los que operan exclusivamente en puertos estadounidenses— tienen matrícula de Panamá, Bolivia o Liberia. La última vez que se planteó poner remedio a eso fue durante la administración Clinton, en cuyo momento se consideró que en el comercio mundial la situación ya era demasiado complicada para andarse con gilipollices.

Protección de Testigos, pero la única persona que alguna vez me ha llamado así es el Profesor Marmoset. Que fue quien me hizo entrar en el PEFPT, y luego en la Facultad de Medicina. Y más adelante, cuando estuve en apuros, me sacó de la ciudad de Nueva York.

Marmoset no es muy hablador. A veces ni siquiera contesta. Si tienes noticias tuyas, es importante. Podría significar que tiene trabajo para ti en otra parte. En el que a lo mejor puedes ejercer la medicina.

Incluso en tierra firme, quizá.

Pero a falta de más información, no vale la pena darle vueltas. El empleo que tengo ahora ya es bastante chungo como para pensar que podría estar haciendo otra cosa.

Así que céntrate en el balanceo del buque. A ver si te mareas.

Pronto te enterarás.